



R. 20459

NOS EL DR. D. FRAY ZEFERINO GONZALEZ,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SILLA
APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA.

*Al venerable Dean y Cabildo Cate-
dral, Autoridades, Corporaciones, Pár-
rocos, Religiosas y á todo el clero y pue-
blo de nuestra Diócesis, salud, amor de
la Iglesia Católica y vida eterna en Je-
sucristo.*

*Satagite, ut per bona opera, certam ves-
tram vocationem et electionem faciatis. Po-
ned cuidado en asegurar vuestra voca-
cion y eleccion por medio de buenas
obras. Petr. II., cap. 1.º, v. 10.*

*Cognoscetis veritatem et veritas libera-
bit vos. Conocereis la verdad, y la verdad
os dará la libertad. Joan. 8-32.*

Nadie extrañará ciertamente, que dirijamos y apli-
quemos hoy á los fieles de Córdoba las palabras con
que el Apóstol de las Gentes saludó en sus dias á los
cristianos de Tesalónica: «Damos siempre gracias á
Dios por todos vosotros, haciendo continuamente me-
moria de vosotros en nuestras oraciones, acordándo-

nos de la obra de vuestra fé.» Y á la verdad, aparte de nuestra obligacion de rogar sin intermision por nuestros diocesanos, tenemos hoy motivos especiales de hacerlo por vosotros y de dar gracias al Señor, al recordar la obra y el testimonio de vuestra fé cristiana, *memores operis fidei vestrae*: al recordar los honores y distinciones que habeis tributado en mi humilde persona á la Iglesia santa de Jesucristo, y al sucesor de los apóstoles, prescindiendo de la indignidad y pequeñez de la persona llamada á esta sucesion apostólica y á esta representacion de la Iglesia. Por eso, despues de levantar el corazon al Padre de las misericordias, damos gracias al clero y al pueblo, á la nobleza y al ejército, y á todos nuestros amados diocesanos por las manifestaciones de sincero catolicismo y de viva fé con que honraron nuestra entrada en esta santa Iglesia é ilustre ciudad: *memores operis fidei vestrae*; y las damos especialmente á todas las autoridades civiles y militares, bien así como al ilustre Municipio con su dignísimo presidente y Gobernador de esta provincia. Si la conducta de las primeras, en esta ocasion, revela elevacion de miras y de sentimientos religiosos, la de las segundas trae á la memoria los altos ejemplos de heroismo cristiano del ejército español, el cual mas de una vez ha sido el ejército de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia. El Municipio, por su parte, y la Diputacion provincial, han demostrado una vez su acendrado catolicismo y la nobleza de sus sentimientos, y han demostrado sobre todo, que saben representar dignamente al pueblo de Córdoba, al pueblo profundamente cristiano en su historia, en sus tradiciones, en sus santos, en sus mártires, en sus sábios, en sus poetas, en sus artistas, y hasta en sus grandes guerreros.

Damos, pues, gracias una y otra vez á todos y á cada uno de los habitantes de esta insigne ciudad, y damos tambien gracias á Dios por todos vosotros, acordándonos de vuestra piedad sincera, de vuestro entusiasmo

religioso, de la grande obra de vuestra fé cristiana: *memores operis fidei vestree.*

Y para arraigar mas y mas en vuestras almas esta fé santa; y para que vuestros sentimientos católicos sean fecundos en el tiempo y en la eternidad, queremos presentaros algunas reflexiones, encaminadas á robustecer vuestro amor y celo por la religion santa de Jesucristo, á poner de manifiesto su influencia benéfica en todas las clases sociales y en todas las esferas de la vida, á recordaros, en fin, la obligacion de corresponder con fidelidad á vuestra vocacion cristiana por medio de buenas obras, en conformidad con el precepto del apóstol san Pedro: *Satagite, ut per bona opera, certam vestram vocationem et electicnem faciatis.*

Al efecto debemos traer á vuestra memoria, que san Pablo escribia en otro tiempo á los primeros cristianos; dábales el nombre de santos y fieles, *sanctis et fidelibus*, y despues de encargarles que observaran una conducta digna de la vocacion de un cristiano, enseñándoles á la vez que la predestinacion y la vocacion á la vida cristiana es la predestinacion y la vocacion á la santidad, «yo os ruego, les decia, (1) yo que estoy preso por Jesucristo, os ruego que observeis una conducta digna de vuestra vocacion.» (2) Porque debeis saber que «Dios nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia,»

Palabras son estas, que encierran la economia toda de las misericordias y de las justicias del Omnipotente sobre las almas, bien asi como sobre las naciones, cuyo movimiento y cuya historia entran en el movimiento y en la historia de la Religion santa que el Verbo de Dios trajo á la tierra.

Y ciertamente que si desde las alturas de la historia contemplamos la marcha magestuosa y compleja de la

(1) *Ad Ephes.*—4—1.

(2) *Ad Ephes.*—1—4.

humanidad, bajo la égida misteriosa de la predestinacion divina, nos parecerá sin duda que la bondad y la justicia de Dios se disputan á porfía el imperio del mundo.

Su bondad se revela especialmente sobre los pueblos de corazon sencillo y creyente, y se complace en derramar sus bendiciones sobre aquellos que le adoran en espíritu y en verdad. Su justicia, resplandece sobre los pueblos corroidos por el vicio, sobre las ciudades populosas, sobre los grandes centros de corrupcion y de inmoralidad. Testigos son de esta verdad los profetas de Israel, que prometiendo en ocasiones á la casa de Jacob las bendiciones del cielo, tronaron tambien en su ira contra las prevaricaciones de Jerusalem: testigos son tambien de esta verdad esos grandes imperios, que encumbrados al apogeo de la gloria, se desplomaron con estruendo al sentir el contacto del dedo del Omnipotente, cuya justicia pasó sobre ellos como desoladora tempestad. Pero cuando un pueblo llega á distinguirse por su fé ardiente y por sus virtudes cristianas; cuando respondiendo á los altos destinos que la providencia le confiara, levanta en medio de las naciones la enseña santa de la Cruz, y derrama su sangre y sus tesoros para estender las fronteras del reino de Dios, el bienestar y la gloria, el poderio y la paz, son la herencia y el distintivo de ese pueblo. Y es que el Dios del poder y de la santidad, quiere que el hombre se penetre y reconozca que su mano invisible es la que rige y gobierna los imperios, la que levanta y abate las naciones á medida de sus virtudes y de sus vicios. Porque si abrimos la historia en cualquier punto del tiempo y del espacio, ella nos enseña tambien que los misterios espantables de la predestinacion alcanzan á los pueblos como á los individuos. Ese Dios del poder y de la santidad que predestina á los hombres á ser conformes con la imágen de su hijo, *quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*, como dice la Escrita-

ra (1), es el mismo que predestina á las naciones en Jesucristo y por Jesucristo, á quien *constituyó heredero de todo y por quien hizo tambien los siglos*, (2): *quem constituit hæredem universorum, per quem fecit et secula*. En el principio mismo de la eternidad, en aquel dia de inefable generacion, en que el padre decia á su Verbo: *Filius meus es tu, ego hodie genui te*: «Tu eres mi hijo, y yo te he engendrado hoy» (3), le decia tambien: «Pídeme (4) y darte hé las naciones en herencia» *postula á me, et dabo tibi gentes hæreditatem tuam*.

Empero aunque todas las naciones son desde la eternidad el patrimonio del Hijo de Dios, este al descender del cielo á la tierra para tomar posesion de su herencia, al ser levantado en la Cruz para traer á sí todas las cosas, (5) *et ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad meipsum*, fijó miradas de predileccion sobre algunas de esas naciones, destinándolas á ser instrumentos especiales de su gloria. Tal fué, á no dudarlo, la noble y benéfica mision confiada á la católica España, mision altísima á que supo corresponder dignamente en pasadas épocas, recogiendo al paso, como merecido y divino premio de su fidelidad cristiana, el esplendor y la gloria, el bienestar y la paz. Si echamos, en efecto, una rápida ojeada sobre la historia de nuestra pátria, á contar desde el momento mas solemne de los siglos, desde el gran momento en que el *Verbo de Dios se hizo carne*, veremos que apenas la palabra del Evangelio resonó en los oidos de la España, cuando esta nacion predestinada convierte su corazon hácia el Dios verdadero, y sella su fé santa con la sangre de los mártires, y habla en los primeros concilios por boca de sus grandes obispos, y arroja lejos de sí la herejía y la blasfemia, que la guerra y la conquista trasplantado

(1) *Ad Rom.* 8-29.

(2) *Ad Hæbr.* 1-2.

(3) *Ad Hæbr.* 1-5.

(4) *Psalm.* 2-8.

(5) *Jean.* 12-32.

habian á su suelo. Que si llega un dia en que extravaiada de los caminos de justicia parece olvidar la noble mision que del cielo habia recibido, será para que aprenda en el infortunio y la desgracia, á temer y adorar la mano del Omnipotente, que la visita en su justicia para volverla á los caminos del bien. Si el Santo de Israel, cuyos ojos no pueden sufrir la maldad, agrava su mano sobre el pueblo español á orillas del Guadalete, no solo salva en su misericordia las reliquias de ese pueblo, sino que le anuncia por boca del Profeta el triunfo contra sus enemigos y el cumplimiento de sus altos destinos religiosos: «Vivo yo, dice el Señor, (1), y tu desierto y tus soledades, y la tierra de tus ruinas, serán ahora sobrado estrechas para tus habitantes, y pondré en fuga á los que te invadian.... Yo estenderé mi mano sobre las naciones y levantaré mi bandera en medio de los pueblos, y los reyes serán tus crias y las reinas tus nodrizas; te adorarán postrados en el suelo y besarán el polvo de tus piés.»

Así sucedió en efecto: despues de ocho siglos de combates y de pruebas; despues de recorrer en triunfal marcha el camino que separa las cumbres de Covadonga de las torres de Granada, llegó el momento supremo, y la España se presentó al mundo como el instrumento de la gloria de Jesucristo, la defensora de su ley, y la espada de su religion santa. Porque fué entonces cuando esta nacion formada por la cruz y por la espada, obligó á reyes y pueblos á doblar la frente ante el brillo de su magestad y de su gloria, y cubrió el mar con sus escuadras, conquistó reinos y naciones, y mandó que sus naves, y sus guerreros y sus apóstoles, llevaran con la fama de su nombre y con la gloria de sus armas, el reinado de Cristo y la luz del Evangelio á las selvas del Nuevo Mundo y á las islas del Oriente.

Y aquí, amados hermanos. no puedo dejar de llamar vuestra atencion sobre una de esas acusaciones que la

(8) *Isai.* 49-20

incredulidad y el ódio contra Jesucristo y su Iglesia suelen lanzar contra nuestra santa Religion. Cuando oigais á ciertos hombres afirmar, haciéndose eco á su vez del autor del *Príncipe*, del filósofo de Ginebra y de Laurent, que las doctrinas y la influencia del Cristianismo ahogan y ponen trabas al amor de la pátria, preguntadles si no habia patriotismo en nuestros mayores, cuando llevaron á cabo las épicas hazañas á que acabo de aludir; preguntadles si no es cierto que su fé y entusiasmo religioso comunicaron sobrehumano vigor á su heroismo patriótico. Decidles una y otra vez, que el amor de la pátria, ennoblecido y santificado por la religion de Jesucristo, fué el que sostuvo el esfuerzo de su brazo en el dia de Covadonga y de las Navas, en el dia del Salado, de Granáda y de Lepanto, en el dia de Bailen, de Zaragoza y de Gerona. Cierto que Jesucristo, al recibir las naciones en herencia, estableció en medio de ellas una sociedad espiritual, á la que confió la mision de conducir al hombre á sus destinos inmortales. Cierto que todos los cristianos pertenecemos á dos ciudades y tenemos dos pátrias, la ciudad terrena y la ciudad celeste, la pátria de la sangre y la pátria de la fé. Pero tambien es cierto, que, lejos de oponerse, estas dos pátrias fraternizan entre sí admirablemente; porque la pátria de la eternidad y de la fé, perfecciona, eleva y santifica la pátria del tiempo y de la sangre. La Escritura misma nos habla con insistencia del amor de esta pátria de la sangre, inspirado y santificado por el amor de Jesucristo. Escuchad, en prueba de ello, la enérgica palabra de san Pablo: «Digo la verdad en Cristo y no miento, dándome testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo; tengo en el corazon grande tristeza y un dolor que no cesa, porque deseaba ser separado de Cristo por anatema en beneficio de mis hermanos, que son mis parientes segun la carne, que son los Israelitas, de quienes es la adopcion de hijos, y la gloria, el testamento, la Ley, el ministerio y las pro-

mesas: de quienes son los padres y de quienes es Cristo segun la carne. (1)»

En presencia de estas palabras, en presencia de los ejemplos históricos apuntados al trazar la marcha providencial de la España bajo el punto de vista cristiano, y en presencia tambien del profundo malestar que á la España de nuestros dias aqueja, algo mas exacto sería afirmar que una de las causas de ese malestar, es precisamente la ausencia del patriotismo cristiano, la carencia del amor de la pátria, ennoblecido y santificado por la Religion. Pluguiera á Dios que las generaciones presentes hubieran heredado con la sangre la fé robusta, el acendrado patriotismo, las virtudes cristianas de nuestros antepasados. En lugar de esa fé robusta y de esas virtudes cristianas, en lugar de las instituciones de la caridad, en lugar de amor y veneracion hácia Jesucristo y su Iglesia, tenemos una sociedad sin creencias y sin costumbres, una sociedad que pugna por desterrar á Dios de su seno, una sociedad que parece no tener otro pensamiento que arrojar á Dios, á su Cristo y á su Iglesia santa de todas las esferas de la vida. Prestad atento oido á las palabras que se cruzan sobre vuestras cabezas, y vereis al hombre del poder, y al hombre de la palabra, al hombre del libro, y al hombre de la tribuna, trabajar con afanoso esfuerzo en desterrar á Jesucristo y su Iglesia del Estado y de la ley, de la moral y del derecho, de la escuela y de la familia, y hasta del sepulcro en que descansan las cenizas de sus mayores. Si estendeis la vista en derredor vuestro, vereis que estas predicaciones y esfuerzos, han producido sus naturales pero amargos frutos; porque frutos son de esas doctrinas y de esos esfuerzos las divisiones intestinas que nos debilitan y envilecen, esas perturbaciones sociales que llevan sobre sus alas el espanto y la muerte para el presente y para el porvenir, ese espíritu de rebelion permanente y universal: rebe-

(1) *Ad Rom.* 9—1, 2, 3, 4, 5.

lion del ciudadano contra la ley, rebelion del soldado contra su jefe, rebelion del discípulo contra el maestro, rebelion del aldeano contra su párroco y pastor, rebelion del hombre contra la sociedad. Y es que la doctrina sublime del Evangelio, y las instituciones de la Iglesia, y las máximas de moralidad, de justicia, de obediencia y de caridad del Cristianismo, han sido vilipendiadas, combatidas y desterradas del corazon del pueblo. Frutos son tambien de esos esfuerzos para sustituir al espíritu cristiano el espíritu racionalista y pagano, ese afan de goces materiales, esa profunda y universal inmoralidad que contrista á toda alma generosa, esos alardes de indiferencia religiosa, de incredulidad y de brutal blasfemia, cuyo verdadero origen y razon suficiente es la corrupcion del corazon.

La religion católica, es una religion de austera moralidad, es una religion, que impone sacrificios y altos deberes, que exige constante represion y mortificacion de las pasiones, que proclama terribles castigos para el hombre de los placeres y de la injusticia. He aquí la verdadera causa de los alardes de indiferencia, de menosprecio y de incredulidad, que suelen manifestarse con respecto á la misma. Observad sino á los hombres que tales alardes hacen, y vereis que rehuyen las ocasiones de instruirse acerca de las verdades religiosas que aparentan negar, llevados de un temor secreto de ser convencidos de lo contrario, ó de ser perturbados en sus negaciones y dudas; vereis que desean interiormente que el Cristianismo sea falso, y que experimentan una secreta repugnancia hácia todo aquello que les trae á la memoria y á la conciencia las promesas y amenazas de la Religion católica: vereis que se irritan cuando se les presentan objeciones y argumentos á los que no encuentran satisfactoria respuesta: vereis que se esfuerzan en disipar sus dudas y consolidar su incredulidad por medio de los placeres, de la disipacion y del tumulto del mundo. Empero á través de esos place-

res y del tumulto del mundo, déjase oír con frecuencia la voz de la razón y el grito desgarrador de la conciencia, que con punzante y aterradora perseverancia claman y dicen en las profundidades de su alma: «es posible que mi alma sea inmortal y destinada á una eternidad de dichas ó de penas despues de la muerte: es posible que exista un Dios creador del mundo y del hombre, remunerador de los buenos y castigador de los malos: es posible que este Dios omnipotente é infinito en sabiduría y bondad, haya revelado al hombre algunas verdades superiores á la razón humana: es posible que haya impuesto al hombre la obligación de abrazar estas verdades y de practicar ciertos deberes especiales relacionados con aquellas verdades: es posible que si rechazo aquellas verdades y estos deberes sea castigado con suplicios eternos: es posible que mis dudas, negaciones é indiferencia con respecto á los dogmas que se dicen revelados, nazca de mi aversión hácia la austera moral que llevan consigo: es posible que mi repugnancia en creer, no reconozca otra causa que mi repugnancia en practicar la moral severa del Evangelio.»

Es verdad, por desgracia, que la voz del orgullo y de las pasiones, lucha aquí contra esa voz de la razón y de la conciencia, y hasta se hace la ilusión con frecuencia de haberla vencido y acallado para siempre; pero la historia y la esperiencia nos revelan de consuno, que llega una hora suprema en la cual esos formidables problemas reaparecen con nuevo é ineludible vigor. Ant3 el lecho del incrédulo ó indiferente moribundo, álzanse cual sangrientos espectros esos grandes problemas, que obligan á los Boulanger y los Tous-saint, á los d' Argens y Maupertuis, y hasta á los Diderot y Voltaire á reconocer la verdad de los dogmas del cristianismo, la necesidad de sus sacramentos y la santidad de su moral.

Cuando con paso silencioso se acerca la muerte al lecho del incrédulo y del escéptico; cuando ve romperse

uno á uno los cien lazos que le ligaban á la vida; cuando se disipa el encanto de las pasiones, la verdad y la justicia suelen recobrar sus derechos sobre la razon y la conciencia; la venda cae de los ojos y se reconoce entonces, tal vez demasiado tarde, que la fé en Jesucristo y la obediencia á su Iglesia, son deberes ligados íntimamente con la eterna felicidad del hombre. Ante un pasado que huye rápidamente para no volver jamás, y ante el abismo sin fondo que se divisa en el porvenir, el hombre que poco ántes blasfemaba de Jesucristo y su Iglesia, ó que hacia alardes de indiferencia y escepticismo religioso, llama en su auxilio al sacerdote cristiano á cuyo lado habia pasado con la sonrisa del desprecio en los lábios, cuando no con la del ódio y la calumnia. El escéptico Bayle decia ya en su tiempo: «Casi todos aquellos que viven en la irreligion, no hacen mas que dudar; jamás llegan á la certeza. Cuando se ven en el lecho de la enfermedad en el cual para nada les sirve ya la irreligion, toman el partido mas seguro.» Es que la hora de la muerte es la hora de la verdad.

Hay muchos, que para disculpar su incredulidad, y tal vez para acallar los remordimientos de la conciencia, suelen decir que la fé no se impone á la fuerza y por la violencia. Esto es mucha verdad, y por eso la persuasion y la caridad son las armas empleadas constantemente por la Iglesia católica, para llenar y cumplir la mision divina que Jesucristo le confió en la persona de sus apóstoles cuando dijo á estos: (1) *Id y enseñad á todas las naciones*. Pero tambien es mucha verdad que esos mismos hombres, que pretenden escusar su incredulidad diciendo que la fé no se impone, son con frecuencia los primeros que privan á la Iglesia del derecho y de los medios necesarios para ejercer con resultado sobre la sociedad el apostolado de la verdad y de la caridad. La fé no envuelve solamente la convic-

(1) *Math.* 28-19.

cion racional de la verdad católica, sino tambien un movimiento ó afecto piadoso de la voluntad, como manifestacion de la gracia divina, y Jesucristo que, segun la bella espresion del Apóstol, *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*, (1) no niega esta gracia á los hombres de buena voluntad, á los hombres que la piden y buscan con deseo sincero de encontrar la verdad religiosa. Hay muchos que se lamentan y afirman que no pueden creer, pero si bien se examina, es porque no buscan la verdad con puro y recto corazon; es porque no piden con humildad, ni hacen oracion al padre de las luces, y es sobre todo porque no se cuidan de conformar su conducta moral con la verdad superior que pretenden y desean adquirir y penetrar, ni siquiera con la verdad inferior y parcial que ya conocen y poseen. No es en la cabeza, sino mas bien en el corazon; no es en el alma, sino ántes bien en el cuerpo y en las pasiones, donde radica y se afirma la dificultad de creer. A los que tales dificultades experimentan para creer en Jesucristo, y en su Iglesia, y en sus sacramentos, y en sus promesas y amenazas, les aconsejamos que mediten sériamente las siguientes palabras del Hombre-Dios: *Este es el juicio, que la luz ha venido al mundo, y los hombres han preferido las tinieblas á la luz, porque sus obras eran malas: porque el que obra mal aborrece la luz, y no viene á la luz por temor de que sean reprobadas sus obras. El que cumple la verdad viene á la luz* (2). Por eso tambien santo Tomás dice con razon, que en el conocimiento ó adquisicion de la fé, corresponde una parte principal á la voluntad: *In cognitione fidei principalitatem habet voluntas*. (3)

La voluntad dominada por las concupiscencias positivistas, y viciada por el orgullo racionalista,

(1) 1.^a Tim. 2-4.

(2) Joan. 3.^o—19, 20, 21.

(3) Sum. cont. Gent. lib. 3.^o cap. 40.

hácese sorda al mandato y promesa del divino Salvador cuando decia: *pedid y recibireis*. La voluntad es la que pone obstáculos y resistencias á la gracia divina, y la gracia divina es necesaria para entrar y perseverar en la fé cristiana que salva y santifica. Así lo enseñan de consuno la razon teológica, la razon filosófica y hasta la misma esperiencia; porque, segun observa el citado santo Tomás, la fé cristiana que salva y santifica, incluye el asentimiento á verdades de un órden superior á la pura razon humana, asentimiento que, por esta razon, pide y exige la accion íntima de Dios, como principio sobrenatural capaz de penetrar hasta las profundidades del corazon y de la inteligencia del hombre: *Cum homo assentiendo his quæ sunt fidei, elevetur supra naturam suam, oportet quod hoc insit ei ex supernaturali principio interius movente, quod est Deus* (1). Así pues los que abrigan deseo sincero de conocer la verdad religiosa y el camino de la salvacion, además de no poner obstáculos á la misericordia del Señor con sus pecados, deben pedir con humildad y perseverancia, aquella gracia que ilumina el entendimiento y enciende la voluntad por medio de la fé viva y verdadera; porque esta fé viva y verdadera, la fé que engendra y afirma el pensamiento de Dios y la esperanza de su posesion, la fé que salva y santifica y conduce á la vida eterna, es efecto y don de Dios que mueve interiormente por medio de la gracia: *Et ideo fides, concluye el Angélico Doctor, quantum ad assensum, qui est principalis actus fidei, est á Deo interius movente per gratiam.*

Estos datos y consideraciones os enseñan, amados hijos, que debeis escuchar con desconfianza la voz de esos hombres y de esos libros que escarnean la religion y sus ministros, que blasfeman de Jesucristo, que niegan la existencia de Dios y su eterna justicia, que os quieren arrebatat las espe-

(4) *Sum. Theol.* 2.^a 2.^o c. 6.^o art. 1.^o

ranzas y consuelos de la vida celestial: esa voz no es la voz de la verdad y de la razon; es la voz de las pasiones y del propio interés. Que si despues de esto, veis que en nombre de la autonomía é independencia absoluta de la razon y de la libertad del pensamiento, se levantan contra los dogmas revelados, contra la moral del Evangelio y contra la autoridad infalible de la Iglesia católica, tened presente, que cuando os predicán libertad é independencia con respecto á Dios y á la Iglesia, es para sustituir la autoridad del hombre á la autoridad de Dios, es para encadenar vuestra conciencia bajo el peso de la tiranía de la fuerza, es para colocar el símbolo del César en el lugar que ocupaba el símbolo de Jesu-cristo.

«Cuando el soberano, escribia uno de ellos (1), ha sancionado un símbolo, es cosa inmoral é impia, negar ó poner en duda una sola línea ó una sola sílaba de este símbolo.» «El pensamiento es libre, escribia otro, (2) pero en cuanto á aquello que pertenece á la confesion de la fé, la razon particular debe someterse al soberano, que es el lugarteniente de Dios.»

Si comparamos estas máximas del racionalismo y del ateismo con las máximas del catolicismo, no será difícil reconocer, que este y no aquel, es el verdadero antemural de la dignidad del hombre y de la libertad de su conciencia.

Mientras el primero proclama la soberanía de la razon humana y la omnipotencia del Estado en materias de fé y de religion, el segundo nos dice, que sobre la razon finita del hombre, está la razon infinita de Dios. Mientras el primero proclama el tiránico derecho de la fuerza, siquiera esta se llame príncipe ó César, sobre las creencias y la conciencia, el segundo nos dice que es preciso *obedecer á Dios ántes que á los hombres* (3). Mientras el primero, en pasados tiempos como

(1) Lord Shaftsbury, *Characteristics*. t. 1.º

(2) Hobbes, *Leviathan*.

(3) *Act. apost.* 5-29.

en nuestros días, oprime, á la sombra del cesarismo, la libertad de conciencia con injustas leyes, con la violencia, el destierro y la muerte, el segundo defiende aquella libertad y la dignidad de la conciencia humana con la sangre de sus mártires y la firmeza de sus obispos, en todo tiempo y en todo lugar. La distincion y separacion entre el poder espiritual y el poder t mporal que trajo al mundo la religion de Jesucristo y que viene encarnada en la Iglesia católica, es y será siempre valla dar inconmovible contra el opresor cesarismo; es y será siempre salvaguardia y antemural de la libertad y dignidad de la conciencia humana. Si, lo repito una y cien veces, porque es preciso que lo oiga una y cien veces esta generacion de la democràcia y de la libertad, esta generacion de la fraternidad y de la igualdad socialistas. Esa Iglesia de Jesucristo, contra la cual se rebela y   la que tanto maldice y persigue, es la que hirió de muerte   la esclavitud y la que sent  las bases de la regeneracion del pueblo, al proclamar la igualdad y la dignidad de todos los hombres ante Dios, ante la ley, ante la vida y ante la muerte, ante su origen y ante sus destinos inmortales. Es tambien esa religion de Jesucristo la que hirió de muerte al cesarismo, fijando límites al poder absoluto y tiránico de los gobernantes y príncipes sobre la conciencia humana y sobre materias religiosas.

Bien puede afirmarse, que   contar desde el día solemne y augusto del Gólgota, hay dos s eres que se han hecho imposibles en el mundo cristiano: el César que lo puede todo, y el esclavo que ejecuta todo lo que manda el César. Entre el cetro que se levanta para mandar y la frente que se doblega para obedecer, pasa alguna cosa que abaja el cetro del César y levanta la frente del súbdito: pasa la verdad de Dios; pasa el Evangelio de Jesucristo que eleva y santifica; pasa el espíritu del cristianismo que restablece el órden eterno de la justicia y de la igualdad; pasa la palabra del Hijo

del Hombre que resuena en las orillas del Jordán (1). «El que perdiere su vida por amor de la verdad divina, salvará su alma.» «¿Qué aprovecha al hombre (2) llegar á la posesion de todo el mundo si despues pierde miserablemente su alma?» Dad al César, (3) lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios.» El César omnipotente, *Divus, pontifex*, y el esclavo *res potius quam persona* del paganismo, son dos seres imposibles, en el mundo moderno, porque la iglesia de Cristo ha arrojado entre esos dos seres aquella gran palabra de libertad, de vida, y de dignidad (4): «es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres.» Y el apóstol de las naciones, al recorrer el Oriente y la Europa, dejó caer de sus lábios la gran palabra de fraternidad y de igualdad «en Jesucristo y por Jesucristo:» (5) no hay ya gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita, esclavo ni hombre libre.»

Y el gran apologista cristiano, haciéndose eco del Evangelio y de la Iglesia, trazaba con enérgica frase los derechos de la libertad cristiana: «Apellidaré señor al César, escribia, pero á condicion de que no se me exija su reconocimiento en vez de Dios. En todo caso, soy libre con respecto á él: mi único señor, es el Dios omnipotente y eterno, que tambien lo es del César:» «*Dicam plane imperatorem Dominum; sed quando non cogor ut Dominum Dei vice, dicam. Cæterum, liber sum illi; Dominus enim meus unus est Deus omnipotens et æternus, idem qui et ipsius* (6.)

De entonces mas, y á la sombra protectora de la Iglesia, encargada de estender y afirmar estas grandes verdades del Evangelio, la humanidad desvalida, el pueblo esclavo que hasta entonces venia llorando, su-

(1) *Luc. 9, 24.*

(2) *Luc. 9, 24.*

(3) *Matth. 22, 21.*

(4) *Act. apost. 5, 29.*

(5) *Ad Coloss. 3, 11.*

(6) *Apolog. adv. Gent. cap. 37.*

friendo y trabajando, sintió correr por sus venas un soplo de vida y de regeneracion. Escudado por la Iglesia en sus luchas seculares contra la tiranía y el feudalismo, favorecido é impulsado en sus ascensiones sociales por las instituciones múltiples de la caridad cristiana, el pueblo pudo arrojar lejos de sí el saco de la esclavitud, para revestir la toga viril del ciudadano en la Europa cristiana.

Desgraciadamente y por una ingratitude inconcebible, se ha iniciado en una gran parte del pueblo un movimiento de aversion y de hostilidad contra esa Iglesia de Jesucristo, á la que debe todo el bien que tiene. Pero no culpemos al pueblo de esta gran injusticia; culpemos mas bien á los apóstoles del racionalismo y del positivismo materialista, cuyas predicaciones vienen corrompiendo la inteligencia y el corazon del pueblo. Culpemos á los gobernantes y magistrados, á los sábios y poderosos del siglo, que con su palabra y con su ejemplo han enseñado al pueblo á blasfemar de Jesucristo, menospreciar á su Iglesia, escarnecer á sus ministros, á olvidar sus destinos inmortales, y á negar la vida futura con sus grandes justicias y misericordias, para fijar únicamente sobre los goces de la tierra sus miradas, sus manos y su corazon.

Por eso nosotros, venerables sacerdotes, nosotros ministros y representantes de esa religion de Jesucristo á la cual el pueblo debe su regeneración, y que es la única que puede mejorar y afirmar su bienestar en el porvenir, debemos marchar hácia el pueblo para enseñarle los verdaderos caminos de justicia, de libertad y de felicidad. Y tengamos presente, que el pueblo es bueno y generoso en su inmensa mayoría; el pueblo posee un corazon honrado y un *alma naturalmente cristiana*, como decia el apologista africano. Si el pueblo conociera á esa Iglesia de Cristo tan perseguida y calumniada hoy por sus enemigos, pronto comprendería que existe estrechísima solidaridad entre los inte-

reses del pueblo y los de la Iglesia: comprendería que la causa de la Iglesia, es la causa del pueblo; y que los enemigos de la primera, lo son también del segundo.

La Iglesia es hoy, como ha sido siempre, el escudo, la protectora y la amiga del pueblo. Porque la inmortal levadura del Evangelio es la que ha dado al pueblo en la civilización cristiana, derechos, libertades y dignidad, que jamás poseyó en las civilizaciones paganas. El espíritu de amor de Dios y del prójimo, que reasume y compendia la Ley y los profetas; ese árbol frondoso de la caridad cristiana, que cobija bajo sus ramas todas las debilidades, todas las miserias todas las necesidades del pueblo; esa caridad del Evangelio, tan paciente y benigna para curar las llagas de los que sufren y lloran; esa caridad tan ingeniosa que marcha por cien caminos desde Jesucristo al pueblo para aliviar sus males y derramar en su corazón el bálsamo de la fe y de la esperanza cristiana, es y será siempre el honor de la Iglesia católica y su señal divina. ¿Qué importa que sus enemigos la calumnien apellidándola enemiga de la civilización, del progreso y del bienestar del pueblo? La historia y la experiencia están ahí para dar testimonio contra semejante calumnia. Ahí están las órdenes religiosas, que compartían con el pueblo el alimento corporal, al propio tiempo que le dispensaban el alimento espiritual de la palabra divina, de la ciencia y de las costumbres cristianas. Ahí están las mil instituciones de la caridad en favor del cautivo, y del enfermo, y del moribundo, y del espósito, y del peregrino, y del hambriento y del desvalido, instituciones que el liberalismo secularizador y la revolución han arrancado de las manos de la Iglesia y por consiguiente de las manos del pueblo. En medio de nuestras academias, universidades, ateneos y colegios, el pueblo vegeta en la ignorancia, porque ya no tiene á su disposición aquellas instituciones benéficas, aquellas universidades, aquellos colegios, aquellas escuelas

en que los órdenes religiosos y los dignatarios de la Iglesia daban al pueblo enseñanza gratuita. Arrancadas han sido de un golpe por el huracán revolucionario aquellas admirables fundaciones de la caridad cristiana que proporcionaban al hijo humilde del pueblo los medios para elevarse hasta las mas altas dignidades del Estado y de la Iglesia.

Nada mas legítimo que la aspiracion del pueblo á la ciencia y la ilustracion: nada mas legítimo que su afán por instruirse; pero nada mas peligroso para el mismo pueblo y para la sociedad, que sustituir á la enseñanza seria y eminentemente civilizadora del cristianismo, la palabra frívola y frecuentemente calumniadora de la hoja diaria, y las declaraciones fascinatoras del club.

El pueblo tiene aspiraciones legítimas á subir y progresar, y mejorar su condicion material y social: para realizar esa grande y legítima aspiracion, marcha por el camino de la violencia, de la utopia y de la revolucion. Y es que respira una atmósfera saturada de incredulidad, de materialismo y de ódio contra Jesucristo y su Iglesia, atmósfera en su derredor difundida con la palabra y con el ejemplo de los gobernantes, de los magistrados, de los sábios y filósofos, de los ricos y poderosos del siglo. Cuando estos ricos y poderosos del siglo, cuando los sábios y los filósofos y los hombres del poder, concedan á la Iglesia libertad, ya que no la proteccion que le es debida; cuando enseñen al pueblo con su palabra y con su ejemplo á honrar y venerar á esa religion santa de Jesucristo, origen y fundamento de nuestra grandeza en el pasado, y de nuestra esperanza para el porvenir; cuando los poderes públicos hagan justicia á la Iglesia; cuando faciliten su accion moralizadora sobre la sociedad; cuando las máximas del Evangelio formen el corazon de las clases inferiores y de las clases superiores, entónces y solo entónces podrá el pueblo llevar á cabo

esa grande y legítima aspiracion al mejoramiento social, político, intelectual y material, no ya por medio de la violencia, de las utopías y revoluciones, sino por medio de la instruccion, del trabajo, de la economía, de la asociacion y de la moralidad.

Por su parte, el pueblo no debe olvidar que la desigualdad de condiciones y de riquezas es una ley necesaria de la sociedad; que la felicidad y la dignidad son cosas del alma y no del cuerpo; que no son las riquezas y los goces materiales, sino mas bien el trabajo, la resignacion, la virtud y el espíritu de sacrificio y de amor, los que fundan y constituyen la nobleza y dignidad del hombre en presencia del mundo y en presencia de Dios. Ni debe olvidar tampoco, que si pretende llegar á una nivelacion tan brutal como absurda por el camino de la destruccion y de la violencia, lejos de conseguir su mejoramiento, caerá vencido y degradado á los pies de aquellos mismos á quien pretendia derribar.

No es, en verdad, camino conveniente, ni digno, ni legítimo para mejorar su suerte material, para adquirir derechos y riquezas, conculcar la ley, arrebatár á sus conciudadanos el fruto de su trabajo y violar el derecho sagrado de propiedad, principalmente cuando semejante violacion recae sobre seres inofensivos y desvalidos.

No se concibe ciertamente que hombres que se glorian de representar los intereses del pueblo, y que hablan y obran á nombre de los pobres y de las clases menesterosas, tengan el valor de arrojar de sus pobres celdas y arrebatár sus escasos bienes á religiosas indefensas, que forman parte de las clases necesitadas y desvalidas, como el pueblo mismo que las despoja, y esto, tal vez, en la hora misma en que reparten con él su escaso alimento. Perseguir y despojar en nombre de las clases menesterosas y desvalidas á la Iglesia, la amiga y protectora constante de los pobres; perseguir

y despojar en nombre del pueblo á los ministros y á las esposas de Jesucristo, que solo tienen pensamientos, palabras y obras de consuelo, de caridad y de sacrificio en favor de todos y especialmente en favor de los pobres y necesitados, es, á no dudarlo, una obcecacion incomprendible en el pueblo, á la vez que una revelacion del ódio satánico que contra Dios y las cosas santas se abriga en el corazon de los que esplotan la ignorancia y las pasiones de las muchas tumbres. No son estos ciertamente los caminos que conducen al mejoramiento y progreso de las clases populares.

Al final del camino de la persecucion contra la Iglesia y de la violencia contra sus ministros y sus instituciones, el pueblo encontrará las iras del cielo y las tiranías de la tierra, sin que le sea dado realizar su aspiracion á subir y perfeccionarse. Toda nacion y todo pueblo y toda clase que viola la ley eterna de la justicia, arrastrada será fatalmente por las corrientes del mal y marchará á la disolucion y á la muerte.

Si quieres, pues, oh pueblo de Córdoba, si quieres hacerte digno de las bendiciones del cielo y apartar de tu cabeza los castigos de un Dios siempre justo y siempre santo, es preciso que vuelvas á la fé y piedad de tus mayores, es preciso que no manches tu corazon y tus lábios con esas horribles blasfemias contra Dios, contra Jesucristo y contra sus santos sacramentos, blasfemias no ya solo abominables en boca de un cristiano, sino indignas de todo hombre de educacion y cultura. Es preciso que apartes tu corazon de las abominaciones de la carne, y tus pies de los caminos de la iniquidad, y tus lábios de la maledicencia y calumnia contra la Iglesia y sus ministros, y que vuelvas en una palabra á las virtudes cristianas de tus mayores.

Y vosotros, sacerdotes y ministros del Señor, medidad y practicad dia y noche vuestros santos y altísimos deberes. El mundo, bien lo sé, os persigue, menosprecia y calumnia, pero no ignorais la palabra de

Jesucristo á sus discípulos: «Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me aborreció á mí. (1)» Por eso debéis marchar tranquilos y serenos al cumplimiento del deber, sin hacer caso de la injusticia del mundo, cuando derrama sobre todos sin distincion el veneno de la calumnia.

El hombre honrado que no se complace en la vil maledicencia, así como el hombre verdaderamente cristiano, podrá reconocer y demostrar con la experiencia y con los hechos, que en su inmensa mayoría el sacerdote católico es hoy lo que ha sido siempre, el amigo del pueblo que sufre y que llora, la providencia viviente de los desgraciados, el consolador del moribundo, el apoyo de la viuda y del huérfano, el reparador de los males del cuerpo y del alma. Su vida es una vida de abnegacion, de sacrificios y de privaciones en favor de sus semejantes. Mientras los que le maldicen y calumnian descansan todavía en profundo sueño, ya el hombre de la caridad, adelantándose á la aurora, ha comenzado el curso de sus obras benéficas en el templo, en el confesonario, en el hospital, junto al lecho del enfermo, en la cabaña del pobre. Cuando para los hombres que le maldicen y calumnian suena la hora de los placeres y de los espectáculos, no es raro que el sacerdote cristiano se dirija á visitar el enfermo ó administrar y consolar al moribundo en su agonía.

Tal es vuestra mision, venerables hermanos, tal es la mision que debéis llenar y cumplir con fidelidad y constancia, sin que las afecciones de la carne y de la sangre, ni la calumnia y el ódio de vuestros enemigos, ni los intereses pasajeros del siglo, ni las pasiones de los partidos y de la politica os hagan declinar á la diestra ni á la siniestra.

El sacerdote católico, debe ser el hombre de Dios y el hombre del pueblo: el hombre de Dios que contempla

(1) *Joan.* 15-18.

desde lo alto las cosas pasajeras del siglo, dispuesto á combatir solamente por las cosas del cielo, por la libertad de la Iglesia, por la justicia y santificacion de las almas: el hombre del pueblo, dedicado á dulcificar sus padecimientos, á consolarle en sus aflicciones, á enseñarle el camino de la vida eterna; el hombre de Dios, enviado por Jesucristo para recordar á los hombres todos, los destinos supremos é inmortales que les aguardan tras el sepulcro: el hombre del pueblo, asociado á sus lágrimas y sudores, á sus deseos y esperanzas, á su felicidad y bienestar.

Análoga, ya que no completamente igual, es la mision confiada á las esposas del Cordero inmaculado. Sus mortificaciones y penitencias, sus privaciones y virtudes, sus oraciones fervientes, deben subir constantemente hasta el trono del Altísimo, para atraer sus misericordias sobre la Iglesia y sobre su atribulado pastor supremo: para atraer la paz y las bendiciones del cielo sobre nuestra infortunada España en general y sobre esta diócesis y este pueblo en especial. Es preciso que el incienso suave de la mortificacion, de la pureza y santidad, de la oracion y de la humildad de las esposas de Jesucristo, desarmen las iras de Dios próximas á estallar sobre la cabeza de los mismos que os persiguen y despojan, sobre las cabezas de los que ultrajan su poder y santidad con horribles blasfemias.

Y vosotros tambien, hombres del poder, gobernantes y magistrados, no olvideis jamás que la paz y el orden, el bienestar, la civilizacion y la prosperidad de un pueblo, no pueden ser estables, permanentes ni fecundos, si no se afirman sobre la moral cristiana, y si no se desarrollan á la sombra de las instituciones de la Iglesia, y al calor de las máximas del Evangelio. La causa de la sociedad, es inseparable de la causa de la Iglesia. Defender la Iglesia, proteger su libertad, y sus derechos, facilitar su influencia benéfica, equivale

á defender la sociedad, la paz y prosperidad de los pueblos, trabajados hoy por las corrientes antisociales y anticristianas. La razon, la historia y la esperiencia, demuestran de consuno, que la doctrina católica, y solo la doctrina católica es la que sabe y puede resolver el difícil problema de la libertad y de la autoridad: solo en corazones formados é inspirados por la doctrina católica caben, se armonizan y se concilian, sin confundirse, la libertad, la independendencia y la dignidad de la persona humana, con la obediencia, el órden y el respeto á todo derecho. Y es que solo la Iglesia católica, como revelacion superior del Verbo de Dios, contiene la verdad suprema en el órden religioso, que establece el lazo de union, de continuidad y de relacion armónica entre el mundo visible y el mundo invisible, entre el hombre y Dios, entre el tiempo y la eternidad, entre los dolores de la vida presente y las alegrías celestiales de la vida futura.

El órden, la paz, la justicia, el porvenir, la salvacion, sobre todo en naciones en que el sentimiento religioso se ha afirmado y desarrollado al calor del Evangelio de Jesucristo y de su Iglesia, como sucede en la nacion española, no pueden salir masque de esa Iglesia católica, encarnacion viva de Jesucristo y de su Evangelio; porque ella sola posee la autoridad que manda sin envilecer, la caridad que persuade, la virtud que santifica, que ennoblece y que eleva al hombre sobre sí mismo y sobre las condiciones y vicisitudes de la vida terrena.

¿Cuál es la causa principal, ya que no única, de ese creciente antagonismo entre las clases sociales, que tan hondas perturbaciones ha producido ya y que tan graves peligros lleva en su seno para el porvenir? No otra, en verdad, sino la ausencia del pensamiento de Dios y de la eternidad, y la ausencia del espíritu de caridad cristiana. Mientras que el corazon del rico se halla dominado por el egoismo del goce y la consi-

guiente dureza de corazón hácia las miserias y privaciones de sus hermanos, el corazón del pobre se halla corroido por el egoísmo de la concupiscencia, de la envidia y del ódio. Pues bien: solo la palabra de Jesucristo y la caridad católica tienen poder suficiente para llenar el profundo abismo abierto por este doble egoísmo entre las dos grandes clases de la sociedad. Ese abismo no puede desaparecer, no desaparecerá si el rico y poderoso del siglo no escucha y practica aquella palabra de Jesucristo (1): «Lo que á cualquiera de estos necesitados hicisteis á mí lo hicisteis (2):» Venid benditos de mi padre á poseer el reino de los cielos.... porque tuve hambre y me disteis de comer. ... estaba desnudo y me habeis vestido.» Si el hombre del poder y de las riquezas no medita seriamente sobre la suerte (3) del rico epulón y del mendigo Lázaro, bien así como sobre la terrible enseñanza que encierra la parábola de aquel poderoso del Evangelio, que cuando acababa de decirse así mismo: *descansa, (4) come y bebe, porque ya tienes riquezas para muchos años*, oyó la voz del cielo que le decía: *nécio, en esta noche morirás, y las riquezas que has preparado, para quién serán?* Ese abismo profundo de separación, no desaparecerá, no puede desaparecer, sino cuando el pobre se persuade que *los padecimientos de este mundo son como nada*, en expresión del Apóstol, (5) *en comparación de la gloria futura que se revelará en nosotros*: cuando escuche con cristiano oído aquella sublime palabra del Evangelio: *bienaventurados los que lloran, (6) bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*: cuando medite y diga en su corazón que Jesucristo, el creador del mundo, el rey de los siglos, el

(1) *Math. 25-40.*(2) *Math. 25-34.*(3) *Luc. 16-20.*(4) *Luc. 12-19.*(5) *Ad Rom. 8-18.*(6) *Math. 5-3.*

Verbo de Dios, se hizo pobre como el pueblo, y que como el hombre de la pobreza, pasó regando la tierra con su sudor y con sus lágrimas, teniendo sus delicias en conversar con los humildes del pueblo, y en evangelizar á los pobres: (1) *pauperes evangelizantur*. Digámoslo de una vez; el antagonismo profundo que separa y divide al pobre y al rico; ese gran abismo que en el corazón de la sociedad ha abierto el egoísmo del goce y el egoísmo de la concupiscencia, la dureza del corazón y el furor de la envidia, solo puede desaparecer bajo la acción omnipotente de la caridad cristiana. No hay mas que una cosa capaz de cegar ese grande abismo: es aquella palabra sublime del Salvador del mundo: *amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen* (2), es la palabra del Hombre-Dios: cuando próximo á subir á la cruz, decia á todos los hombres: *os doy un mandamiento nuevo*, (3) *que os améis unos á otros así como yo os he amado*.

No queremos concluir, sin dirigir al pueblo, á la nobleza y á la clase media, un consejo inspirado en ardiente y desinteresado deseo de su bienestar moral, religioso y material.

Queremos recordar al obrero y al hombre del pueblo, que si en vez de escuchar y seguir la palabra de Jesucristo, que es *el camino, la verdad y la vida*, (4) escucha la palabra ambiciosa y falaz de los que esplotar intentan su ignorancia y sus privaciones, lanzándole en la senda de la violencia, de las revoluciones y de la injusticia, no realizará jamás sus legítimas aspiraciones á subir y perfeccionarse, á instruirse y mejorar su condicion. El verdadero camino para realizar estas aspiraciones en la medida que lo permiten las condiciones de la humana naturaleza y de la vida presente, es identificar su causa con la causa del cristianismo,

(1) *Math.* 11-5.

(2) *Math.* 5-44.

(3) *Joan.* 13-34.

(4) *Joan.* 14-5.

unirse á Jesucristo por medio de su Iglesia, la amiga y protectora del pueblo, inspirarse en las máximas del Evangelio, que le enseñarán á elevarse por medio de la ciencia cristiana y de la virtud, por medio del trabajo, de la justicia, de la economía y de la asociación de la caridad. En Jesucristo y en su Iglesia hallará también las grandes recompensas de la vida futura, y los misterios de la caridad divina, en cuya presencia casi desaparecen las amarguras y sufrimientos de la vida presente.

La nobleza y la clase media por su parte, tienen altos é imprescindibles deberes que cumplir en esta materia. Porque deber es de las clases ilustradas y directoras, deber es de los ricos y poderosos del siglo, acercarse al pueblo por todos los caminos que enseña la caridad cristiana. Deber es de esas clases, amar al pueblo y facilitar sus legítimas aspiraciones á mejorar su condicion, fundando y sosteniendo escuelas en que el hombre del pueblo reciba educacion cristiana, asociaciones destinadas á aliviar sus padecimientos, y á proporcionarle honrado trabajo, libros, bibliotecas y centros literarios capaces de ilustrarle sin corromperle. Si los hombres del poder y de la riqueza dedican sus esfuerzos al establecimiento, desarrollo y fomento de las Conferencias de san Vicente, y de escuelas dominicales, harán una obra muy agradable á los ojos de Dios, á la vez que eminentemente regeneradora en el órden social y religioso. Si sus esposas é hijas fundan y sostienen análogas asociaciones para socorrer á las personas desvalidas de su sexo y para enseñarles la doctrina cristiana, encontrarán en estas obras y ocupaciones, digno pábulo á su ardor religioso, y harán una obra muy meritoria en la presencia de Dios. Y es también deber de esas clases dar al pueblo ejemplos de respeto y veneracion á la Iglesia; ejemplos de sobriedad y modestia, ejemplos de justicia y moralidad.

Y ahora, venerables hermanos y a todos los hijos, per-

mitidnos que ántes de concluir nos felicitemos por haber tenido la dicha de recibir la consagracion episcopal en dia tan sagrado y memorable para el pueblo cordobés; porque ya sabeis que el Señor dispuso las cosas de manera que, con especial satisfaccion nuestra, tuvo lugar en el dia dedicado al gran Custodio y ángel Tutelar de esta insigne ciudad. Consideramos esto como beneficio especial de Dios, y hasta como una prenda de su gracia y de la poderosa intercesion del gran Custodio de Córdoba, para llenar los altísimos deberes anejos al episcopado.

Sin embargo, amados diocesanos, esto no impide que sea grande nuestra amargura y mayor nuestra ansiedad, ¿por qué ocultarlo? al considerar la tremenda responsabilidad que tan espinoso cargo lleva consigo. Y crece esta ansiedad, cuando reflexionamos que esta sede episcopal es la misma que ocuparon en otro tiempo los Osios, los Alvarez de Toledo, los Mardones, Tapias y Salazares, y que la Iglesia encomendada á nuestro gobierno, es la iglesia santificada por los Acisclos y Victorias, los Eulogios, los Alvaros y los Franciscos de Posadas, con tantos otros mártires y confesores que desde los primeros siglos del Cristianismo dieron brillo inmortal á la antigua pátria de los Sénecas y Lucanos, á la ciudad de los Morales y Sotos, de los Menas y Góngoras, de los Céspedes, Castillos y Zambranos, á la pátria, en fin, del ilustre vencedor de Ceriñola y del Garellano.

Por eso os rogamos encarecidamente que procureis disminuir nuestra ansiedad y aligerar tan pesada carga, con vuestra eficaz cooperacion al bien, con vuestra docilidad y obediencia, con vuestras oraciones y, sobre todo, con vuestras virtudes cristianas. Por nuestra parte, podemos y debemos deciros, que el deseo mas vehemente de nuestro corazon, el pensamiento dominante de nuestra vida es y será vuestro bienestar y felicidad tanto en la vida presente como en la

futura, vuestra santificacion en el tiempo y vuestra salvacion en la eternidad. No vengo á buscar vuestras riquezas, sino vuestras a'lmás: *Non enim quero quae v'stra sunt*, (1) *sed vos*. Estos son los deseos y esperanzas de vuestro indigno Prelado, que os saluda en el Señor y que os bendice de todo corazon en el nombre del † Padre y de' † Hijo del y † Espiritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Córdoba, dia de la festividad del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo á veinticinco de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco.

Fr. Zeferino,
Obispo de Córdoba.

Por mandado de S. S. I. el
Obispo mi Señor,
*Lic. Atanasio
Gonzalez.*



Esta nuestra Carta será leida en la Misa mayor y otras en que hubiere notable concurso de fieles, dejando á la prudencia de los párrocos verificar la lectura y publicacion por partes y en diferentes dias ó Iglesias. Tambien deseamos y encargamos que esta lectura pública vaya acompañada de las esplicaciones que se consideren oportunas, atendidas las necesidades particulares de cada localidad y las circunstancias ó condiciones del auditorio.

(1) 2.º Corint. 12 14.

cuando te desas al culto
y te sientas puesto a Dios
No tan de graner los
Lo que te e graner yo



